

EL DIARIO DE MATÍAS ROMERO*

Emma COSIO VILLEGAS

EL DIARIO personal de Matías Romero va del 29 de octubre de 1855 al 28 de enero de 1865; se inicia cuando emprende su viaje de Oaxaca a la capital de la República, donde se propone practicar la profesión de abogado, y concluye un año después de nombrársele ministro plenipotenciario de México en Washington.

Abundan, por supuesto, las fuentes manuscritas e impresas sobre Romero y su época; pero el *Diario* las supera en fidelidad, escrito, como fue, con un sentido y un lenguaje íntimos, y no para consumo de terceros, de aquella o de esta época. Es, sin embargo, un simple registro de hechos, a los que muy rara vez se mezclan anotaciones de naturaleza subjetiva, sea sobre las reacciones propias o las que Romero podía atribuir a quienes esos hechos afectaban. Por eso, puede suponerse que Romero abrigó la idea de aprovecharlo más tarde en un escrito destinado al público; pero no fundaría esa hipótesis el carácter visible y constante de tantos escritos como dejó (puede verse una caracterización general de su archivo en Guadalupe MONROY, "El archivo histórico de Matías Romero", *Historia Mexicana*, vol. VIII, 1958-59, pp. 208-221), los cuales, casi sin excepción, delatan a un hombre cuyas emociones rara vez afloran, tan decididamente priva sobre ellas la compostura intelectual.

Matías Romero, en efecto, parece haber sido un hombre cuya voluntad y cuyo raciocinio pronto dominaban y aun extinguían la pasión, o un hombre, sencillamente, sin fibra emocional alguna. Es más, y lo es lógicamente: si él, en lo personal, sufría de este daltonismo sentimental, sin duda debió creer que los demás también lo padecían, pues tampoco reco-

* Prólogo al libro *El Diario personal de Matías Romero*, que próximamente publicará El Colegio de México.

gen sus escritos las pasiones o los sentimientos del prójimo. Esta falta humana, muy sensible, desde luego, no deja de tener la compensación feliz de que Romero viera las cosas y las gentes dentro de sus órbitas, en una dimensión natural y justa.

Toda su vida fue, en realidad, la expresión de un dominio mental pasmoso. Desde luego, jamás confió su acción política o su obra hacendaria a la improvisación o al azar, al fulgor de la palabra o del gesto; la entregó al esfuerzo perseverante. Y esto hasta el grado de no poder concebir la buena disposición de los demás, aun su afecto y su amistad, como una reacción afectiva espontánea, sino como resultado de un esfuerzo reiterado para ganarlos, para conquistarlos. No fue, por supuesto, un político o un periodista popular, a pesar de haber vivido en la política largos años y de escribir con mucha frecuencia en los diarios. Tampoco fue un parlamentario eficaz, como que le disgustaba hablar en público. En cambio, se sentía a sus anchas dentro del círculo limitado en que contaban el argumento lógico y la información precisa. Esta disposición, unida a una capacidad para conocer la situación y las aspiraciones de aquellos con quienes trataba, lo hicieron un diplomático hábil. Así lo confirma su primera gestión en Estados Unidos, de 1864 a 1867, cuando en un medio indiferente y en ocasiones hostil, logró predisponer el ánimo norteamericano en contra de la intervención francesa y conseguir para la causa republicana apoyo moral y hasta algunos recursos materiales, y la iniciación de su segunda gestión diplomática en Washington, cuando aprovechó las debilidades de Justo Rufino Barrios, sus consejeros y agentes, hasta llevarlos a la firma de un convenio preliminar de límites (agosto de 1882), que conduce a la pronta solución de un problema que durante cincuenta años había amargado las relaciones de México con Guatemala.

El archivo y la biblioteca personales de Matías Romero fueron conservados durante muchos años por su sobrino José, parte en las oficinas de la "Fundación Matías Romero", creada con un legado de éste, y parte en el "Asilo para Ancianos Matías Romero", que se sostiene hasta el día de hoy con

el dinero de esa fundación. El Banco de México adquirió en 1951 el Archivo para conservarlo, fotocopiarlo, catalogarlo y ponerlo, como está ya, al servicio de cualquier investigador. El *Diario* forma parte de ese Archivo, y consta de cuatro libretas de dimensiones diferentes, escritas de puño y letra de Romero, con márgenes claros donde van anotados los meses y los días.

Aun su caligrafía tiene ya interés. La letra es siempre clara y pareja, pero de 1855 a 58 se ve más cuidada, agudizándose, en general, sus rasgos; poco a poco se redondea hasta adquirir los trazos seguros propios de la escritura de un hombre hecho y derecho. Tiene un carácter puramente personal al iniciarse; recoge entonces sus primeras experiencias al llegar a la ciudad de México: los exámenes escolares, empleos en que sirve y las amistades que hace. Poco después, el tema es la situación agitada de la Capital y del país: el golpe de estado de Comonfort, la vida de Juárez y sus ministros en San Luis Potosí, Guadalajara, Veracruz. En la parte final, el tema dominante es su vida en Estados Unidos, su lucha con el clima, el idioma y la salud, más sus esfuerzos diarios para explicar la causa del México republicano y ganar para ella el apoyo del gobierno y la simpatía de la opinión.

No parece que Romero fuera hombre de humor, ni que la ironía fuera arma suya predilecta. Cosas graciosas y aun grotescas hay en él, pero surgen, al parecer, de un modo involuntario. Refiriendo un viaje a Puebla, dice: "dormí en la casa de diligencias... dormido estuve hablando con uno de los compañeros de viaje". O, años más tarde, en ocasión de un banquete en Washington, al que asistió: "la comida estuvo muy buena y los vinos excelentes, pero yo estaba malo del estómago, de la cabeza, del pecho, de la garganta y de los pies, porque un zapato me apretaba muchísimo".

Confirmando lo que se dijo antes, el *Diario* sólo recoge reacciones emocionales moderadas ante la naturaleza o la injusticia social. Al ver las cataratas del Niágara, el 4 de agosto de 1860, escribe:

Quedé maravillado de ver la inmensa cantidad de agua que baja por allí, lo majestuoso de su caída, el ruido que hace, tan impo-

nente, y el rocío que levanta y que forma una verdadera lluvia, en la cual se proyectaban los rayos de la luna y formaban una especie de arco iris.

En Nueva Orleans, de visita, comenta:

Entré en una prensa [*sic*] de algodón en la que había un depósito de negros en la condición más abyecta y miserable. Parecían puercos más bien que seres humanos. Uno de ellos estaba disertando sobre la igualdad de los hombres.

En una época en que los escritores cultivaban hasta el exceso el ornato literario, y en que los más oscuros aficionados hacían gala de “estilo” en la redacción de una simple circular, el del *Diario* parece de un realismo crudo y menudo. Es el que usa al describir prolijamente sus múltiples enfermedades, o el frío extremo, cuando “...los orines y la agua del aguamanil amanecieron helados”.

MATÍAS ROMERO NACIÓ en la capital de Oaxaca, el 24 de febrero de 1837. A los ocho años ingresó en el Seminario para aprender latín; permaneció tres, y después entró en el Instituto de Ciencias y Artes, donde estudió primero filosofía y después derecho. Pronto sintió raquítico el ambiente provinciano, y para sustraerse a él acudió a don Marcos Pérez, quien le dio una buena recomendación para Juárez. El *Diario* comienza justamente con su salida de la ciudad natal hacia México. Romero se detiene en diferentes sitios para arreglar asuntos, al parecer por encargo de su padre, y llega finalmente a su destino el 19 de noviembre de 1855. A los seis días, en su primera entrevista, tras entregarle la recomendación que traía para él, le pide a Benito Juárez un puesto de meritorio en el ministerio de Relaciones. Entonces refiere que mientras esperaba la llegada de Arriola [Miguel María] y de Ezequiel Montes, “me ofrecí a prestarle cien pesos y a servirlo en lo que me ocupara; ambas cosas aceptó, pues me dio cinco cartas de diferentes personas, para que las contestara yo”. A estas alturas, puede parecer increíble que un mozalbete de dieciocho años cuente con esa seca sobriedad el hecho insólito de que un hombre, casi tres veces mayor

que él y para entonces ya una gran figura republicana, careciera de cien pesos, y los recibiera de un desarrapado que le pedía un puesto de meritorio. Romero, en rigor, no destaca el hecho de que el azar lo convirtiera en banquero de Juárez, sino el de que éste lo tomara en serio para trabajar.

A fines de 1855 entra como meritorio en la sección de Europa del ministerio de Relaciones, puesto que ocupó hasta el 17 de diciembre de 1857, día del golpe de estado de Ignacio Comonfort. Hasta entonces, puede decirse que el *Diario* refleja, más que nada, la rutina de su vida: ir a misa, estudiar y escribir varias horas, trabajar en el ministerio, asistir a la Cámara, al Tribunal, al Colegio de Abogados y la Junta de Crédito Público. Sus andanzas lo llevaban diariamente a la Alameda, al paseo de las Cadenas o al de la Viga; también a comidas con amigos, al teatro, procesiones religiosas, actividades en favor de la asociación de San Vicente de Paul, etc. Pero siempre hallaba tiempo de ayudar a Juárez en sus labores como ministro de Justicia, sobre todo contestar su correspondencia. Se relaciona, además, con las mayores figuras políticas de la época: Ezequiel Montes, José María Lafragua, Mariano Riva Palacio, Valentín Gómez Farías, Melchor Ocampo, Francisco Zarco y Sebastián Lerdo de Tejada, de quien dice, después de conversar con él: "en esta ocasión conocí el claro talento de Lerdo y su excelente comprensión". Pero esta actividad variada e incesante no le impide mantenerse en contacto con su familia, cuyos encargos cumple con fidelidad: se va a retratar a petición de su madre, compra y le despacha tal o cual cosa.

El *Diario* refleja un cambio paulatino de Matías Romero en cuestiones religiosas. En un principio menciona su frecuente asistencia (a veces, más de una vez al día) a servicios religiosos católicos, procesiones, etc., pero va abandonando estas prácticas, sobre todo cuando va a vivir en Estados Unidos; así, llega al extremo en 1868, cuando no considera como un reparo importante casarse con una mujer protestante, pues lo salva con un matrimonio mixto, si bien celebrado discretamente para no ofender los sentimientos de nadie.

Al poco tiempo de entrar en el ministerio de Relaciones

comienza a preparar una *Tabla sinóptica de los tratados de México con otros países*. Una vez concluída, tras de abundantes consultas y varias correcciones, quiere publicarla. Desde entonces comienza a revelarse el carácter tesonero de Matías Romero. Va a ver al jefe de la sección de Europa, al de la sección de América, al ministro Lerdo, al mismo Juárez, para que lean su obra y autoricen su publicación. Naturalmente, estos personajes, ocupados en graves problemas del país, no le hacen caso. Lerdo, al fin, le dice que se aprobaría la *Tabla sinóptica* propiamente dicha, con sus notas, pero no la anexa "Reseña histórica de los tratados", porque aunque fuera exacta y expresara con mayor claridad todavía los compromisos que los tratados suponen, bastaría ese nuevo texto para fundar reclamaciones y suscitar cuestiones innecesarias. En Guajuato y en Guadalajara, ya de peregrinación con el gobierno, vuelve a insistir con Juárez y sus ministros en la publicación de la *Tabla*, y aun camino de Manzanillo sigue hablando de ello. Por fin, el 14 de septiembre de 1859, cuando estaba con el gobierno de Juárez en Veracruz, anota en su diario: "recibí *El Demócrata*, de Tabasco, con la *Tabla sinóptica* ya en el folletín". Y con este progreso, vuelve a pedirle al gobierno que haga una impresión formal.

Desde principios de 1857 Matías Romero solicita una plaza con sueldo, pero Lucas de Palacio y Magarola se la niega; en octubre de ese año, recibido ya de abogado, vuelve a insistir, y ahora la funda en ese nuevo hecho, que se añade a la experiencia ganada en dos años. Y no deja de señalar, por supuesto, que su situación económica ha empeorado.

La materia del *Diario*, aun cuando no su estilo, cambia por completo desde los primeros días de enero de 1858. No es ya su persona, sino la situación del país el tema dominante, y por eso relata una serie de refriegas callejeras suscitadas por el cuartelazo de Comonfort. Se alistó entonces como voluntario de las fuerzas que sostenían al gobierno constitucional, prestando sus servicios con los que reconocieron como cuartel el ex convento de San Pedro y San Pablo. Estuvo bajo las órdenes inmediatas del que más tarde sería héroe nacional: Ignacio Zaragoza, entonces coronel. Al caer la Capital en

manos de los pronunciados, desconociendo el paradero de Juárez y el lugar donde se establecería el gobierno legal, vuelve a su casa, y lee para distraerse una tragedia de Racine; pero en cuanto sabe que el gobierno de Juárez se ha instalado en Guanajuato, sale a reunírsele. Se reincorpora a su trabajo oficial, y reanuda sus estudios de inglés y francés; pero, reducido el escenario, ve más de cerca y con mayor frecuencia a los prohombres, y por ello el *Diario* habla ahora de Juárez y de sus ministros, de las tertulias a las que concurren, de los lazos que los unen y las barreras que los separan. El 15 de febrero de 1858 sale con el gobierno hacia Guadalajara; allí, cuando una parte de la guarnición se pronuncia por el plan de Tacubaya y el 5º batallón se subleva en el mismo palacio de gobierno, aprehendiendo a Juárez, sus ministros y empleados, anota los sustos que se lleva y la certidumbre momentánea de que todos morirían. A salvo, Matías Romero le asegura a Juárez que seguirá a su lado aun siéndole adversa la fortuna. En efecto, al salir el 20 de marzo de 1858 de Guadalajara hacia Colima, es uno de los pocos acompañantes que lleva Juárez consigo. Sin embargo, unos días después le dice Juárez que sería preferible que no llegara con él a Veracruz porque habrán de pasar por lugares y climas malsanos como La Habana y Nueva Orleáns; pero, ante la insistencia de Romero, Juárez acepta de nuevo su compañía.

Durante este viaje se inicia su amistad con Melchor Ocampo, que tanto había de servirle. Ocampo desde entonces le mostró afecto y lo protegió. El 27 de marzo de 1858, Matías Romero dice:

En la mesa propuso Degollado que Montenegro quedara comisionado para cuidar los caballos, cobrando de sus dueños un centavo y medio diario. Éste dijo entonces que hacía tiempo me estaba pidiendo dos pesos para herrar mi caballo y que yo le decía que estaba muy pobre. Entonces Ocampo se sacó los dos pesos de la bolsa y se los dio; yo me rehusé a recibirlos con la mortificación que era natural, y al fin acepté uno. En seguida nos fuimos al escritorio y allí me obligó Ocampo a que le recibiera yo otros cinco, que me dio de su peculio. En seguida me estuvo haciendo varias preguntas en un tono bastante dulce, me preguntó por mi edad, el tiempo de servicio, etc. Yo le referí que no me habían

dado nada por cuenta de viáticos y se puso a escribirme su oficio... para que me dieran algo en el reparto que se iba a hacer. Entramos después en una conversación larga y familiar.

Matías Romero enferma seriamente en el viaje por mar, y Ocampo lo atiende hasta el grado de llevarle al camarote sus comidas. Ya en Veracruz, el 19 de noviembre de 58, Matías Romero escribe: "Muñoz Cabo informó a Ocampo que no tenía yo dinero para ponerme unas sanguijuelas"; lo va a ver y le da diez pesos. Durante todo el tiempo que permanecen en Veracruz, Romero trabaja directamente con Ocampo. Éste es el primero que oye sus peticiones de un empleo remunerado, pues sigue todavía de meritorio. En febrero de 1859 le da el cargo de oficial segundo. Cuando en agosto de 59 Juan Antonio de la Fuente es nombrado ministro de Relaciones, Ocampo pide a Romero que se pase a Gobernación para tenerlo con él: "me dijo varias cosas bastante satisfactorias". En noviembre de 1859 Ocampo le consigue lo que por mucho tiempo había deseado Matías Romero: ser nombrado secretario de la legación mexicana en Washington.

En el tiempo que pasó en Veracruz, trabajó en el ministerio, ayudó en cosas ajenas a su empleo, a Juárez, Ocampo y, mientras fue secretario de Relaciones, a De la Fuente. Lo mandaban a comprarles ropa, caballos, cigarrillos, en fin, cuanto se les ofrecía; pero también le encargaban traducciones y la redacción de acuerdos o cartas. Y en Veracruz también contrajo el hábito de bañarse diariamente.

El 10 de diciembre de 1859 se embarca para Estados Unidos. Su empeño en aprender el inglés es tal, que a pesar de un mareo persistente lo practica con cuanto pasajero se le pone delante; lo hace fracasar sólo una causa de fuerza mayor, como "un catarro muy fuerte que me cayó al pecho, y que apenas me permitió hablar". Llega a Washington el 24 de diciembre de 1859, y el 28, José María Mata, ministro entonces, lo presenta con el presidente de Estados Unidos. Mata lo lleva también a visitar en sus casas a los secretarios de Estado:

Estuvimos como en seis casas en que había puras señoras. Nos recibieron todos muy cordialmente y nos obsequiaron, según la

costumbre, con ponche, pasteles y otras golosinas que había en unas mesas preparadas de antemano.

El clima lo molesta particularmente: "al peinarme se me helaba el agua en la cabeza"; pero, aun así, ocupa todo su tiempo en cosas útiles. Aparte de su trabajo en la legación y de ayudar a Mata en cuanto se ofrece, acompaña a la señora de Mata al teatro o a hacer visitas; por ella conoce a varias damas, a quienes principia a enseñar el español. El *Diario* registra todas las invitaciones que recibe, para ir al teatro, por ejemplo, con resultados no muy satisfactorios, pues "...aunque por el accionado entendí también esta pieza, no comprendí las palabras".

En esta época su salud mejora un poco, aunque sigue con sus molestias generales y sufre constantes dolores de muelas; pero hace frecuentes viajes por Estados Unidos: Baltimore, Filadelfia, Nueva York, Richmond, etc. En todos estos lugares visita penitenciarias, asilos, edificios públicos, clubes deportivos, iglesias y teatros, que describe en el *Diario* minuciosamente. Lo asombra la penitenciaría de Filadelfia, "donde cada preso tiene su cuarto de baño; algunos tienen hasta dos cuartos y jardincito. Todos están ocupados en algo". En Nueva York va al City Hall, camina por Broadway, visita bibliotecas y las imprentas de los más importantes diarios de la ciudad.

En agosto de 1860 José María Mata deja el puesto de ministro en Washington y regresa a México. Matías Romero queda de encargado de negocios. Unos días más tarde se entrevista con el presidente de Estados Unidos para acreditarse en su nuevo puesto. Sobre esta entrevista refiere: "Me preguntó en dónde estaba Comonfort y si era cierto que se iban a pronunciar por él. Me dijo también que sentía que no hubiera caído Miramón en Silao." Amplía ahora el círculo de sus relaciones y amistades, y conoce a personajes de importancia, pero sin achicarse ante ellos ni sentir, por lo visto, una gran impresión. Con la misma asiduidad con que en sus tiempos de empleo de Relaciones iba a ver a los personajes mexicanos para que le publicaran su *Tabla sinóptica*, ahora va de personaje en personaje norteamericano para

lograr lo más posible en favor de México, sin importarle las antesalas o la disparidad de opiniones con sus interlocutores. Para él los personajes son sólo hombres, y, por tanto, susceptibles de crítica o alabanza sólo en función de sus cualidades. Por ejemplo, del príncipe de Gales, a quien encuentra en la calle, dice:

Lo vimos perfectamente bien: es un joven de vulgar apariencia, vestido de paisano, que saludaba a los que lo saludaban.

El 7 de enero de 1861 sale de Washington para Springfield, Illinois, a entrevistarse con Lincoln, y el 18 lo ve:

Le manifesté en seguida que la causa única de las revoluciones en México han sido el clero y el ejército, que por sostener los privilegios e influencias que gozaban durante el régimen colonial se han pronunciado contra todas las constituciones; pero que ahora que acaban de ser completamente vencidos, había esperanzas fundadas de que México gozara de paz y prosperidad. Me dijo en respuesta que durante su administración procurará hacer todo lo que esté a su alcance en favor de los intereses de México... Entonces le dije que México se había congratulado mucho con el triunfo del partido republicano porque esperaba que la política de ese partido sería más leal y amistosa, y no como la del democrático, que ha estado reducida a quitarle a México su territorio para extender la esclavitud. Me preguntó cuál era la condición de los peones en México, pues había oído decir que estaban en una verdadera esclavitud, y quedó muy complacido cuando le dije que los abusos sólo existen en pocos lugares y que eran contrarios a la ley. Me preguntó también cuál es la población de la ciudad de México y quedó agradablemente sorprendido cuando la supo, pues la creía muy corta.

En marzo de 1861 recibe aviso de que José María López Uruga irá a Washington como ministro, pero más tarde hay contraorden y sigue de encargado de negocios. A pesar de que a Romero nunca le gustó este puesto, lo desempeñó con el mismo celo que ponía en todas sus tareas. Ahora le da por el panamericanismo, idea que, al parecer, nace de su amistad con el general Prim. Se lanza para ello a organizar sociedades, hacer publicaciones, pronunciar discursos, crear y fomentar amistades con diplomáticos y gente importante de toda América, y aun se ofrece a abogar con el presidente de Estados

Unidos por una oposición resuelta a toda intervención europea en América.

No olvida, por supuesto, que su tarea principal es ganar simpatías a la causa republicana. Son muchas las ocasiones en que va a la Casa Blanca para ver al presidente, y más numerosas sus visitas al secretario de Estado Seward, sin que deje de mantenerse en contacto con los líderes del Congreso. Seward le dice en mayo de 1862 que cuando la guerra civil norteamericana termine, su país podrá ponerse al tú por tú con Francia; poco era aquello, pero, de cualquier modo, Romero le pide que dé forma escrita a su promesa.

Romero no recibió sus sueldos por largo tiempo, y reacio, más que nada, a poner en ridículo a su país, renuncia a su puesto. La respuesta, claro está, no podía ser sino que las críticas circunstancias de la nación impedían hacerle sus pagos oportunamente, y que su presencia en Washington era indispensable. A poco tiempo insiste en que lo sustituyan, alegando esta vez que desea alistarse en el ejército como soldado raso, además de ofrecer ayudar a la causa republicana cediendo sus sueldos vencidos y dos tercios de los venideros.

El 22 de noviembre de 1862 dice que ha tenido una entrevista desagradable con Seward, y poco tiempo después, otra: "tuve una entrevista con Mr. Seward de carácter bastante desagradable sobre las notas mías que han de mandarse al Congreso", notas para el mensaje del presidente de Estados Unidos sobre contrabando de armas destinadas a tropas francesas en Veracruz. En esta época su salud empeora, y son frecuentes los días en que debe permanecer encerrado en su casa. El *Diario* y otros documentos suyos de la época transpiran su desmoralización; creía muy insignificante la ayuda real que lograba para México; por eso juzgaba inútil permanecer por más tiempo en Estados Unidos, cuyo clima y costumbres, por lo demás, no le convenían. En una comunicación que manda en octubre de 62 a la secretaría de Relaciones dice, por ejemplo, que no será posible conseguir el apoyo que se debía esperar de Estados Unidos contra las potencias europeas que amenazaban nuestra independencia

mientras no concluyera la Guerra Civil, y como los asuntos de México se resolverían antes, su misión no era tan importante como se creía (Archivo de la Secretaría de Relaciones, LE-10-36-1).

No se le acepta la renuncia y sigue en su puesto hasta abril de 1863, cuando pide un permiso al gobierno de México para regresar al país y ayudar en alguna forma en la lucha contra la Intervención. Al desembarcar en Matamoros, se encuentra con la noticia de que el gobierno ha evacuado la Capital y se instala en San Luis Potosí. Le impresionó tanto esta noticia, que no pudo ya gozar de las playas ni del río.

El 28 de junio de 1863 llega a San Luis Potosí y en seguida se entrevista con Juárez. Le dice que no desea volver a Estados Unidos por razones de salud, y le pide que lo deje incorporarse al ejército de Porfirio Díaz. Juárez le ofrece darle un despacho para Díaz, pero él "no deseaba despachos, grados, ni empleos; deseaba servir como soldado raso, y que si me distinguía yo, tiempo habría de promoverme". Se dirige a Acámbaro para reunirse con Díaz y es tal la exaltación de su patriotismo, que en el camino hace parar la diligencia en Dolores para tomar una "reliquia" de la casa de Hidalgo. Mientras está con Díaz no llega a tomar parte en ningún hecho de armas, y el poco tiempo que permanece en este puesto lo ocupa en coordinar los trabajos de los diversos jefes militares. El *Diario* nos lleva en estos días a la vida que hacía el grupo del gobierno. Además del trabajo, y a pesar de las circunstancias, buscan tiempo para asistir a representaciones dramáticas o de ópera, a excursiones a las afueras de la ciudad o para dedicarse a juegos de azar.

Juan Antonio de la Fuente, nombrado ministro en Washington, le pide que lo acompañe, pero declina la invitación, así como la de Juárez para encargarse de la oficialía mayor de Relaciones; mas en septiembre de 63 se le comunica que Doblado veta el nombramiento de De la Fuente y sugiere el de Romero, y que el presidente ha debido aceptar la solución. Está de regreso en Washington en octubre de 1863, y ahora se quedará cuatro años justos. Romero, sensible a la situación cada vez más comprometida del gobierno republi-

cano, desarrolla en Washington una actividad verdaderamente febril, sobre todo, por supuesto, cerca del gobierno ante el cual está acreditado. Una vez se trata de revocar una orden que detiene un envío de armas destinado a su gobierno: además de encontrarla arbitraria, señala el contraste trágico de que a Francia nada se le niega; otras veces se trata más bien de ganar amigos a la causa republicana, y, para ello, ensancha sus relaciones personales, organiza banquetes y reuniones, celebra entrevistas, escribe artículos en los periódicos. Tenía presentes todos los aspectos en que México podía necesitar ayuda y ponía cuidado en relacionarse también con inversionistas o con hombres que por su mero prestigio personal podían influir en el ánimo de los demás en su opinión sobre México. Estaba siempre al tanto de las instituciones o sistemas que se creaban en Estados Unidos para ver si eran aplicables a México y en qué grado. Tuvo un interés especial en los mexicanos exilados que llegaban a Estados Unidos ayunos de fe y de dinero; levantaba su ánimo y les prestaba dinero mientras los colocaba en algún trabajo.

Siempre fue mala la salud de Matías Romero, pero desde 1863 empeora y es tema constante de su diario; sus males y molestias eran tantos, que extraña cómo pudo trabajar por tan largos años y siempre a un ritmo seguro.

El *Diario* termina relatando dos hechos muy importantes para Matías Romero: una excursión para visitar al ejército del Potomac (se encuentra allí con el general Grant, quien lo manda a inspeccionar los frentes de batalla acompañado de los generales Meade y Buttler), y la llegada de toda su familia a Washington, decidida a acompañarlo: Romero se encarga con diligencia de instalarlos cómodamente y comenzarlos a relacionar; en cuanto los engalana con vestidos y zapatos nuevos, los lleva, apadrinados por el ministro Seward y su señora, a conocer al presidente de Estados Unidos.

AL CORTAR AQUÍ su *Diario*, Matías Romero nos deja sin una noticia tan precisa y ordenada de los años siguientes en que su obra fue, sin duda, más importante todavía, pues su labor como ministro de Hacienda se considera muy significativa

para el país. Hubiera sido muy interesante que el *Diario* se extendiera hasta los días en que luchaba por la abolición de la Zona Libre, la exportación libre de oro y plata en pasta, la creación de los impuestos sobre herencias y del timbre, la abolición de las alcabalas en los Estados y de la contribución federal, la exportación de productos nacionales sin pagar derechos, el impuesto sobre la propiedad raíz no cultivada y la emisión de bonos del tesoro.

Estas iniciativas, desgraciadamente, no corrieron con mucha suerte, y casi ninguna fue aceptada. Apenas al dejar Romero el ministerio fue cuando comenzó a darse importancia a sus proyectos, que poco a poco se fueron adoptando. La clara visión que tuvo en estos asuntos se reconoce por el hecho de que en la actual legislación fiscal mexicana todavía se nota su huella. No obstante, en su tiempo fue perdiendo poder y prestigio. Por esto, como también por lo delicado de su salud, presentó su renuncia en mayo de 1872. Sin embargo, reorganizó en gran medida el ministerio de Hacienda y sus oficinas subalternas. Hizo que las leyes se aplicaran sin distinción de personas ni lugares, barriendo con viejos privilegios; logró, además, que las recaudaciones se hicieran con mayor orden. A pesar de la constante oposición a sus proyectos, la lucha que entabló para conseguir el equilibrio del presupuesto, hasta donde era posible, fue sencillamente titánica y en especial en las situaciones extraordinarias que la revuelta de La Noria causó en la hacienda pública. Su política y actitud en lo que se refiere al problema del pago de la deuda pública fueron muy brillantes. La deuda interior consolidada fue pagada casi íntegramente durante el período de Romero, y se hizo con bastante puntualidad, lo mismo que los títulos de la deuda flotante. Con su prudente administración contribuyó a lograr el primer superávit que hubo en la historia nacional, el del año fiscal 1867-1868 (para un estudio de la obra hacendaria de Romero, véanse Daniel Cosío VILLEGAS, *Historia Moderna de México. La República Restaurada, La vida económica*, por Francisco Calderón, pp. 225-395, y Walter B. SCHOLÉS, *Mexican politics during the Juárez Regime*, pp. 143-148).

Al dejar el ministerio de Hacienda, Romero trata de dedi-

carse a negocios particulares. Con este objeto recorre algunas partes de la República para estudiar posibilidades de cultivos, importar maquinaria destinada a diversas industrias y exportar varios productos naturales de la región. La feracidad de la tierra de Soconusco lo hace establecerse allí (1873-1875) y su espíritu emprendedor se manifiesta en sus esfuerzos por mejorar la comarca. Trae de Nueva York una imprenta para publicar *El Soconucense* y mantenerse en contacto con otras partes de la República, dando noticias de interés sobre el territorio. Publica estudios sobre la tierra y sus posibilidades de explotación. Siendo ministro, ya había mandado comprar una lancha para el puerto de Soconusco y rifles para la fuerza de seguridad del Estado. También ofrece un subsidio a los vapores que toquen un puerto de Chiapas. Estos esfuerzos le valen su elección como diputado al Congreso de la Unión por el quinto distrito electoral del Estado de Chiapas, en el año 1875-76. Inmediatamente después lo fue también por el 15º distrito electoral de Oaxaca y senador suplente por el Estado de Chiapas en el séptimo Congreso.

Durante su estancia en Soconusco hace amistad y se asocia en negocios con Justo Rufino Barrios, poco después presidente de Guatemala. Esta amistad termina con serias dificultades que sirven, hasta cierto punto, como pretexto para graves desavenencias con Guatemala por la cuestión de límites entre ambos países. Esto y otras adversidades lo hacen salir del Soconusco y volver a la vida pública. La pasión que Romero puso en toda esta cuestión lo hace insistir constantemente en la enorme importancia que tiene la demarcación de los límites, y alega ser éste uno de los asuntos más importantes para el país (para más detalles sobre la vida de Romero en el Soconusco, véase Daniel Cosío VILLEGAS, "La aventura de Matías", en *Historia Mexicana*, vol. VIII, pp. 35-39).

El general Díaz lo invitó a cooperar con él al triunfar la revolución de Tuxtepec, pero Romero se negó mientras no fuera un gobierno legalmente constituido. Aprovechando el tiempo que debía transcurrir, viajó por Jalisco, Colima y Michoacán, para estudiar sus recursos naturales y especialmente las posibilidades de cultivar el café. Al regresar a la

Capital, se encargó de nuevo del ministerio de Hacienda, donde estuvo de 1877 a 1879. Las circunstancias pecuniarias del país fueron más difíciles que las que siguieron a la Intervención, pues quedó empobrecido y desorganizado a causa de la revolución de Tuxtepec; a pesar de ello, marchó con alguna regularidad hasta que en 1878 se presentó una crisis financiera que se hizo sentir muy seriamente en el tesoro nacional. Por motivos políticos y de salud quebrantada, decidió retirarse el 1º de abril de 1879.

Desde esta fecha hasta el 24 de febrero de 1880, en que fue nombrado Administrador General de Correos, ocupó algunos puestos públicos de menor importancia, de los que lo destituyó en enero de 1881 el general González por no haber sostenido su candidatura presidencial. En 1882, al suscitarse discusiones con Estados Unidos por la actitud de James G. Blaine ante la cuestión de límites entre México y Guatemala, se le nombró una vez más ministro en Washington, y fue entonces cuando terminó estos arreglos. Renunció a su puesto como ministro en Washington al terminar la presidencia de González, pero Díaz le ratificó el nombramiento, y permaneció en él hasta el 26 de mayo de 1892, en que volvió a ser ministro de Hacienda por un corto plazo, pues se retiró en febrero de 1893. Volvió a Washington como ministro, y allí permaneció hasta su muerte, acaecida el 30 de diciembre de 1898.

A TRAVÉS DE ALGUNAS cartas de Romero, y principalmente de consultas escritas que hace en diversas ocasiones a varios médicos, se comprueba hoy el diagnóstico de los médicos contemporáneos de que los síntomas descritos corresponden a un estado neurótico más que a una enfermedad orgánica, excepto en los ataques convulsivos, que están suficientemente bien descritos para creer en un estado epileptoide causado posiblemente por algún foco inflamatorio cerebral, cuyas manifestaciones se exacerban cuando el paciente sufre tensiones emocionales o exceso de trabajo intelectual. Su muerte, sin embargo, no fue causada por ninguno de los trastornos que padeció toda su vida, sino por un ataque de apendicitis.

EN LA VIDA DE MATÍAS ROMERO hubo tres pasiones: México, su familia y él mismo, como hombre y como figura política. Es significativo que su *Diario* termine en el momento en que dos de estas pasiones entran en conflicto: su personalidad de hombre público, limado y con un amplio círculo de relaciones, y la llegada a Washington de su madre y sus hermanos, gente provinciana, ajena a un mundo complejo y refinado.